

CUADERNOS DE NARRATIVA

El Universo de Julio Llamazares

Grand Séminaire

Universidad de Neuchâtel, 26 de mayo 1998

Gonzalo Navajas

Santos Alonso

Fernando Valls

Ángeles Encinar

Caridad Ravenet Kenna

Catherine Orsini-Saillet

Enrique Turpin

Marco Kunz

Inés d'Ors

Irene Andres-Suárez

Nº 3, diciembre 1998

CENTRO DE INVESTIGACIÓN
DE NARRATIVA ESPAÑOLA



UNIVERSIDAD DE NEUCHATEL

REALIDAD Y FICCIÓN
DE UN PUEBLO ABANDONADO:
LA LLUVIA AMARILLA

Marco KUNZ
Universidad de Basilea

El último habitante de Ainielle se llamaba José de Casa Rufo:

"Ya mayor y viudo, no quiso partir.

Vivía solo y trabajaba de pastor para un ganadero que había arrendado el pueblo a su nuevo propietario: el Estado.

José también hacía de cocinero para los funcionarios que plantaban pinos en lo que hasta entonces habían sido campos. Como él predijo, esos pinos nunca crecieron.

En 1971 sus familiares le convencieron para que dejase su querido pueblo"¹.

El último habitante de Ainielle también podría haberse llamado Adrián de Casa Lucas: "Cada vez que se marchaban los de una casa, a él le entraba mucha pena y se iba a esconder al molino"².

Según la versión más conocida, empero, el último habitante de Ainielle se llamaba Andrés de Casa Sosas, y cuando los hombres de Berbusa vinieron a buscárselo lo encontraron muerto en su casa, "devorado por el musgo y por los pájaros"³, y más de uno pensó que "ciertamente estaba loco" (p. 131).

Situado en Sobrepuerto, es decir, en la zona comprendida entre los valles de los ríos Gállego y Ara, en el rectángulo formado por Biescas,

¹ Enrique Satué Oliván, "Historia de un pueblo abandonado", en: *El Pirineo abandonado* (Zaragoza, Diputación General de Aragón: Departamento de Cultura y Educación, 1984), p. 84.

² Enrique Satué Oliván, "La última casa", *ibidem*, p. 61.

³ Julio Llamazares, *La lluvia amarilla* (Barcelona, Seix Barral, 1990¹⁴), p. 16. Las páginas de las citas siguientes de esta obra se indicarán entre paréntesis en el texto.

Sabiñánigo, Broto y Fiscal, Ainielle se distingue de los numerosos pueblos abandonados que hay en la provincia de Huesca y también en el resto de España no tanto por su situación geográfica (las zonas montañosas son las que más se han despoblado en este siglo) ni por las razones del éxodo (la falta de trabajo, carreteras, electricidad, teléfono y otras comodidades en los lugares apartados, las condiciones materiales más agradables que ofrecían los valles y los centros urbanos, más una política estatal de expulsión en la época franquista), sino sobre todo por el hecho de que existan tres versiones de su abandono, una en la realidad, otra en un cuento del libro *El Pirineo abandonado* de Enrique Satué Oliván, y la última en la novela *La lluvia amarilla* de Julio Llamazares. Gracias a este proceso de ficcionalización, Ainielle ha dejado de ser un pueblo entre muchos otros y se ha convertido en el símbolo de la despoblación.

Cuando, a principios de septiembre de 1996, viajé al Pirineo de Huesca para visitar Ainielle⁴, llevaba ya grabada en la memoria la imagen de un lugar que nunca había visto antes, visualización mental inspirada en las descripciones leídas en *La lluvia amarilla*. En las dos ocasiones que estuve en el pueblo, la experiencia de la realidad no logró borrar la impronta de la ficción, pero en mis lecturas posteriores del libro de Llamazares el espacio imaginado se mezclaba inseparablemente con las impresiones recordadas de una aldea de cuya existencia había dudado, a pesar de la nota preliminar de la novela, hasta hallar el topónimo de Ainielle en un mapa de Aragón. Lo que encontré en la geografía real, a dos horas y media de marcia del próximo núcleo habitado (Oliván), confirmó en gran parte mis expectativas: un valle perdido, con escarpadas cuestas, donde reinaba un silencio casi absoluto en que no se oía más que el zumbido de los insectos y de vez en cuando el grito de un ave de rapiña. Lo primero que vi de Ainielle, cuando ya estaba cerca del pueblo, fue el campanario de la iglesia con su ventana única, que Llamazares describió con acierto como un "círculo ciego" (p. 13), y después apareció entre los

⁴ Doy las gracias a todas las personas que me ayudaron en mi viaje a Ainielle o me proporcionaron informaciones sobre el pueblo, en particular a Antonia Florio, cuya tesis de licenciatura me dio la idea de buscar el lugar real donde Llamazares situó la acción de su novela, a Patricia Gamarra y su madre Adoración Tomás por su hospitalidad y las noticias más actuales del Alto Aragón, a Jaime Pérez de Arenaza y Enrique Satué Oliván por procurarme bibliografía inencontrable en las bibliotecas de Suiza, y a Jesús Casaus, mi guía en la primera visita a Ainielle y traductor al aragonés de *La lluvia amarilla*.

matorrales el resto de lo que queda del lugar: ruinas cubiertas por la vegetación, casas derrumbadas invadidas por la maleza de modo que a veces sólo sobresalía una chimenea de las espesas zarzas, helechos que crecían entre los muros, techos que parecían reventados por los árboles que habían brotado dentro de las antiguas viviendas, alguna cuadra que estaba todavía suficientemente intacta para servir de cobijo a ovejas y pastores. No encontré, en cambio, "el inmenso paisaje desolado de la muerte" (p. 40) ni los "bancos de niebla, espesos y cambiantes, que la melancolía de los años va extendiendo sobre aquéllos y que convierten poco a poco la memoria en un paisaje extraño y fantasmal" (p. 41), sino un lugar casi idílico, reconquistado por la naturaleza y lejos del mundanal ruido, bajo un sol radiante y un cielo azul sin el menor rastro de nubes. Al espacio psicológico de la novela, con predominio de los tonos grises y amarillentos que reflejan el estado anímico del narrador, se oponía el verde todavía bastante intenso de los últimos días del verano. En este artículo no quiero, sin embargo, contrastar mis impresiones subjetivas con la representación de Ainielle en la obra de ficción, sino mostrar cómo Llamazares utilizó la realidad del pueblo, su cultura, su historia y la vida tradicional de sus habitantes, para crear un mundo literario fascinante, basado en una documentación meticulosa.

Igual que los núcleos vecinos Basarán, Cillas, Cortillas, Escartín, Otal y Sasa, Ainielle se halla a más de 1200 metros y está abandonado desde los años 60. Fundado en la edad media, Ainielle⁵ había resistido a la intemperie y a todas las vicisitudes de la historia hasta rendirse finalmente ante la industrialización y la llegada del ferrocarril al Pirineo. Entre el siglo XVI y el censo de 1845, el número de siete casas se mantenía inalterado. Pascual Madoz describió la situación de Ainielle a mediados del siglo XIX:

AINIELLE: l. con ayunt. de la prov. de Huesca (10 leg.) part. jud., adm. de rent. y dióc. de Jaca (4), aud. terr. y c. g. de Zaragoza (22). SIT. en la cima de un monte libre á la influencia de todos los vientos principalmente los del N. Su CLIMA es sano. Tiene 7 CASAS y una igl. parr. servida por un cura párroco cuya vacante se provee por oposición en concurso general: junto á la igl. está el cementerio capaz y bien ventilado. Confina el TÉRM. por el N. con el de Espierre dist. 1/4 de hora, por el E. con el de Otal á 1/2 hora, por el S. con la pardina de Isabal á 3/4 y por el O. con el térm. de Berbusa á 1 hora: abundan en él las fuentes

⁵ Para la información histórica, me baso sobre todo en el artículo de Enrique Satué Oliván, "Ainielle: historia de un pueblo serrablés abandonado", en: *Rolde*, 1983, núm. 21, pp. 8-10 y núm. 22, pp. 3-5.

de buenas aguas para el surtido de los vec. y abrevadero de las bestias y ganados. El TERRENO es de inferior calidad, flojo, pedregoso y muy frio por lo excesivo de las lluvias que estragan completamente las tierras. Carece de bosque arbolado, y el monte escasea de arbustos, mata baja y yerbas de pasto. PROD. trigo, cebada, avena, pocas judías verdes, patatas y nabos; cría ganado lanar y cabrío en corto número. POBL. 7 vec. 31 alm. CONTR. 1594 rs. 9 mrs. vn.⁶

Sobrepuerto, tanto en su tradicional cultura como en la vegetación, es una zona de transición entre el Prepirineo y el Pirineo alto de tipo alpino. Los pueblos eran casi completamente autárquicos: en los bancales (llamados también "fajas") que escalonan las pendientes de las montañas, una agricultura de subsistencia producía lo necesario para vivir: cereales, legumbres, patatas, uvas para vino, cáñamo y lino para vestidos y sogas. La pobreza de Ainielle era proverbial, pero también eran ejemplares la solidaridad y la buena vecindad: "se prodigaban las veladas en invierno, se salía a cazar en común, se auxiliaban mutuamente..."⁷. Madoz, al hablar de los pueblos vecinos de Ainielle⁸, menciona reiteradas veces la mala calidad de los terrenos de cultivo y el estado lamentable en que se encontraban los caminos; también dice (s.v. *Otal*) que los habitantes iban a Biescas a recoger la correspondencia, como lo hace todavía el narrador de *La lluvia amarilla* (p. 48). El ganado (sobre todo ovejuno) contribuía a la alimentación (carne, leche, queso) y a la indumentaria (lana, pieles). Según Madoz, los montañeses cazaban perdices, conejos y liebres, en Escartín también zorros y lobos (la desaparición de estos últimos coincidió con la difusión del jabalí, cazado por el protagonista de la novela de Llamazares), y en algunos pueblos (s.v. *Berbusa*) pescaban truchas pequeñas en los arroyos. En muchos lugares existían talleres de artesanía, p. ej., de alfarería, cestería, herrería (el herrero de Cortillas abastecía a los habitantes de Sobrepuerto de herramientas, clavos, etc.).

Los pueblos constaban de pocas casas (la casa o *fuego* constituye la unidad básica de la sociedad pirenaica) que pertenecían a los hijos

⁶ Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar* (Madrid, 1845), s.v. Respeto la ortografía original.

⁷ Enrique Satué Oliván, *El Pirineo contado* (Huesca, Edición del Autor, 1995), p. 40.

⁸ Cf. Madoz, *op. cit.*, s.v. *Otal*: "El TERRENO es de mala calidad, muy miserable y estéril, bañándole dos arroyuelos insignificantes", y s.v. *Berbusa*: "[...] el barranco llamado de Berbusa que nace de varias fuentes en los montes inmediatos [...] cruza su TERRENO áspero, montuoso y lleno de pendientes, por lo cual lo perjudican las excesivas aguas, porque arrastran tras sí la tierra y lo constituyen pobre y estéril".

primogénitos, herederos únicos, mientras que sus hermanos, los *tiones*, trabajaban como mozos de cuadra o criados, si no lograban emanciparse ejerciendo algún oficio (normalmente eran carpinteros, albañiles, herreros o sastres). Durante los duros inviernos⁹, los *tiones* iban con los rebaños a Tierra Baja o buscaban un empleo en el Midi francés. Apenas había mujeres solteras en la región, pero sí, en cambio, muchos hombres no casados: entre los herederos (cuyas esposas provenían en general de la misma zona, pues la endogamia era la regla) y los solterones había una relación proporcional de 3 a 8, debida, entre otras causas, a la fama de *pobretones* que tenían los *tiones*. Gracias a la institución del tionaaje, los pueblos disponían de mano de obra barata y el número de sus habitantes no cambiaba mucho: la autarquía extrema en que vivían no hubiera permitido un gran crecimiento demográfico.

La emigración masiva, sobre todo hacia Sabiñánigo, Monzón y Barcelona, empezó con la Guerra Civil, durante la cual se evacuó a los habitantes de Ainielle a Hoz de Barbastro, hecho mencionado también en la novela de Llamazares. En el mundo ficticio, la casa de Acín fue "una de las primeras en cerrarse: al comenzar la guerra, sus dueños la evacuaron -igual que todo el pueblo- y no volvieron más" (p. 62). El único que se quedó en aquellos años fue Adrián, el pastor, "cuidando las ovejas de su casa y a merced de los continuos bombardeos que batían estos montes, entonces estratégicos por su proximidad a la frontera y al ferrocarril de Sabiñánigo" (p. 78). De hecho, Sobrepuerto fue el escenario de duros combates entre el 5.º Cuerpo del Ejército Nacional (División Aragón n.º 2) y la Columna Pirenaica (43.ª División) de las tropas republicanas que defendían la cota de Oturia. Con la guerra se inicia la decadencia de la casa del narrador de *La lluvia amarilla*, pues Camilo, el hijo primogénito, no vuelve nunca del frente:

La guerra terminó, los días y los meses pasaron sin noticias y la resignación fue poco a poco suplantando a la esperanza y la melancolía de la desesperación. Camilo no volvió. Su nombre jamás apareció entre las largas relaciones oficiales de los muertos, pero él nunca volvió. Sólo su sombra regresó a la casa y se fundió en las sombras de las habitaciones mientras su cuerpo se pudría en cualquier fosa

⁹ Los viejos de Sobrepuerto hablan todavía de la gran nevada, famosa bajo el nombre de *La Remonta*, de los años de la Primera Guerra Mundial: en Ainielle había sido tan fuerte que los habitantes temían que salir de sus casas por las ventanas, hecho documentado por Satué Oliván en *El Pirineo contado*, *op. cit.*, p. 52, y recordado también en *La lluvia amarilla* (p. 97).

común de cualquier pueblo de España y en el recuerdo helado de aquel tren militar que partió una mañana de la estación de Huesca para no regresar más (pp. 54-55).

Queda frustrada la ilusión de remediar la pérdida del heredero con el segundo hijo, Andrés, quien en la estructura social tradicional sólo habría sido un tío antes de la desaparición de su hermano. Pero Andrés prefiere trabajar en el extranjero, decisión que su padre nunca le perdona, consciente de que a causa de esta "deserción" la ruina de Casa Sosas será inevitable:

Con Andrés no se iba sólo un hijo. Con Andrés se iban también las últimas posibilidades de supervivencia de la casa y la única esperanza de ayuda y compañía que, en la vejez cada vez más cercana y más temida, su madre y yo tendríamos un día (p. 53).

El proceso de despoblación se terminó en los años sesenta. En la comarca de Sabiñánigo hay 46 núcleos abandonados¹⁰, cifra insólita en España. Al mismo tiempo que los valles se iban despoblando, Sabiñánigo crecía vertiginosamente: en 1910 era todavía un pueblo con 77 vecinos, en 1981, en cambio, tenía ya unos 9500 habitantes y había absorbido a una gran parte de la población de la región. Una de las consecuencias de este éxodo masivo es la aculturación y el ocaso de la vieja cultura pirenaica. En una primera oleada de emigración se fueron los tiones, deseosos de independencia económica. Atraídos por las ventajas de la vida urbana, les siguió la mayoría de los montañeses:

Tan sólo los propietarios con hacienda rentable siguieron viviendo en el mundo rural del Serrablo no marginal -eje del río Gállego-; algunos combinando su trabajo con la industria y efectuando movimientos pendulares de migración diaria¹¹.

En los años 50, el Patrimonio Forestal del Estado, conforme a la política nacional de entonces, empezó a comprar a bajos precios municipios enteros para efectuar la repoblación forestal después de la desaparición de los habitantes, fomentando así el éxodo de la población de las zonas montañosas. Más tarde, los pueblos abandonados de Sobrepuesto pasaron a ser propiedad del Instituto Nacional para

¹⁰ Cf. el mapa de los pueblos abandonados del Serrablo en José Luis Acín Fanlo (et al.), *Museo Ángel Orensanz y Artes de Serrablo* (Huesca, Diputación Provincial, 1989), p. 41.

¹¹ Cf. *ibidem*, p. 40.

la Conservación de la Naturaleza (ICONA). En la actualidad, Ainielle pertenece al Ayuntamiento de Biescas.

Hoy, toda la zona está completamente despoblada. Muchos de los pueblos mencionados en *La lluvia amarilla* comparten la triste suerte de Ainielle: de Basarán, Berbusa, Casbas, Cillas, Cortillas, Escartín, Otal y Susín no queda más que algunas casas abandonadas en un estado lamentable, a menudo reducidas a ruinas. La emigración fue seguida por el pillaje: "Desde el éxodo hasta la actualidad sus núcleos han sufrido un indiscriminado expolio dirigido al mercado de las antigüedades", se queja Enrique Satué Oliván¹², director del museo etnográfico de Sabiñánigo, institución que con sus exposiciones y publicaciones trata de conservar la memoria de una cultura campesina casi extinguida. Llamazares describe este saqueo¹³ en un párrafo que cuenta cómo el narrador se imagina el regreso de su hijo Andrés al pueblo muerto:

Cuando Andrés vuelva a Ainielle -si es que vuelve algún día-, muchos, antes que él, habrán hecho lo mismo. De Berbusa, de Espierre, de Oliván, de Susín. Los pastores de Yésero. Los gitanos de Biescas. Los antiguos vecinos. Todos acudirán como buitres, a mi muerte, para llevarse los despojos de este pueblo en el que yo dejé mi vida. Romperán los cerrojos, las puertas. Saquearán las casas y las bordas, una a una. Los armarios, las camas, los baúles, las mesas, la ropa y los aperos, las herramientas de trabajo y los cacharros de cocina. Todo lo que, durante siglos, con enorme trabajo, los vecinos de Ainielle reunimos irá a parar poco a poco a otros lugares, a otras casas, quizás a algún comercio de Huesca o Zaragoza. Fue lo que ya ocurrió en Basarán y en Cillas. Y en Casbas. Y en Otal. Y en Escartín. Y en Bergua. Lo mismo que muy pronto ocurrirá también en Yésero y Berbusa (pp. 126-127).

La idea de escribir una novela sobre un pueblo abandonado tiene su origen en la biografía de Llamazares, nacido en la aldea leonesa de Vegamián, que quedó sumergida para siempre en el embalse del Porma. Esta experiencia puede calificarse de iniciática, como admite el mismo Llamazares: "Si no hubiera nacido en ese pueblo [...] tal vez nunca hubiera pensado en escribir una novela semejante"¹⁴. La elección de Ainielle como escenario de *La lluvia amarilla* se debe a una serie de circunstancias

¹² Enrique Satué Oliván, "Sobrepuesto", en: Federación Aragonesa de Montañismo, *Senderos del Serrablo. Biescas-Nocito* (Zaragoza, Prames, 1991), p. 89.

¹³ Cf. también su artículo "La catedral perdida", en: *Nadie escucha* (Madrid, Alfaguara, 1995), pp. 139-152, sobre Roda de Isábena y Erick el Belga.

¹⁴ Julio Llamazares en una entrevista publicada en el *Diario del Altoaragón* del 4 de febrero de 1987, p. 13.

favorables. Llamazares había empezado la redacción sin saber aún en qué región situar la acción: conocía ya pueblos abandonados en León¹⁵, Soria y Guadalajara cuando, tras leer un informe sobre la despoblación en la provincia de Huesca, decidió viajar a la región. En marzo de 1986, llevaba una semana en la Guarguera, al sur de Sobrepuesto, sin haber dado todavía con el lugar ideal, cuando un joyero de Jaca le indicó el libro *El Pirineo abandonado* de Satué Oliván:

El Pirineo abandonado fue para mí una revelación. No sólo me sirvió para encontrar Ainielle, el pueblo en el que al final acabé situando mi novela, sino que me enseñó a entender la vida de aquellas gentes cuyo rastro de olvido y destrucción yo estaba recorriendo aquellos días e incluso me aportó varias ideas para la historia que estaba escribiendo¹⁶.

Escogió Ainielle impresionado por su belleza y su nombre, tras pasar sólo unas horas frente a la aldea: "Llegué al atardecer y ni siquiera entré en el pueblo, lo vi de lejos pero fue suficiente y me sirvió para lo que quería"¹⁷. Al final del año publicó en el periódico *El País* un cuento titulado "Nochevieja en Ainielle"¹⁸, que provocó una reacción inesperada:

En seguida recibí escritos con nuevos datos sobre el pueblo, sobre todo por parte de Enrique Satué Oliván de la Asociación de Amigos del Serrablo. Tengo que decir que me han tratado mejor en Huesca que en mi tierra¹⁹.

En *El Pirineo abandonado* (1984), Enrique Satué Oliván intentó enseñar a los niños cómo se vivía en los pueblos pirenaicos que ellos sólo conocían de los relatos de sus abuelos, a no ser que, en una excursión al monte, hubieran visto las ruinas cubiertas de zarzas. El libro contiene una serie de cuentos, ilustrados con dibujos del autor, que presentan, desde la perspectiva infantil, varios episodios de la vida de los pastores, arrieros y demás habitantes de Ainielle, y se cierra con un breve artículo sobre topografía, etnografía e historia del lugar.

¹⁵ Cf. en *El río del olvido* (Barcelona, Seix Barral, 1990) las descripciones de Villarrasil (p. 117), con sus ruinas tan cubiertas de vegetación que el viajero pasa un buen rato en el pueblo sin enterarse, y de Valdorria (pp. 102-103), cuya despoblación definitiva parece inminente.

¹⁶ Julio Llamazares, "Las chimeneas del Pirineo", prólogo al libro de Satué Oliván, *El Pirineo contado*, *op. cit.*, pp. 7-9, cito p. 8.

¹⁷ Llamazares en la entrevista citada del *Diario del Altoaragón*, p. 13.

¹⁸ *El País*, 31-XII-1996, pp. 12-13: el texto del cuento corresponde, con pocos cambios, al capítulo tercero de *La lluvia amarilla*.

¹⁹ Entrevista del *Diario del Altoaragón*, *op. cit.*, p. 13.

De un particular interés para la génesis de *La lluvia amarilla* es el cuento "La última casa", pues narra la historia del último hombre que se queda en Ainielle, el pastor Adrián de Casa Lucas. Igual que el protagonista de la obra de Llamazares (pp. 17, 80, 103), Adrián se esconde en el molino cada vez que se marcha una familia, por la pena que le causa la despedida. Además, el empleo repetido del color amarillo en el relato de Satué Oliván hace pensar en varios pasajes de la novela. Al enterarse Adrián de que se quedaría solo en el pueblo, "[lo] primero que hizo fue coger el retrato amarillo de la boda y las cartas que escribía a Isidora desde África, para esconder todo en una cueva que había en la Sierra"²⁰. El impulso de alejar de sí y ocultar los recuerdos de la vida familiar y afectiva se observa, en forma más violenta, también en *La lluvia amarilla*, donde Andrés descubre "una antigua fotografía amarillenta" (p. 34) de su mujer, Sabina, que se suicidó una noche de diciembre: el retrato parece mirarlo "con sus ojos amarillos" (p. 35), lo contagia de tristeza y agrava la conciencia de su soledad, de modo que sólo puede liberarse quemando la foto (p. 35) y destruyendo todos los otros objetos (cartas, pendientes, ropas y el anillo de bodas) que quedaban de Sabina en la casa (p. 36). Los niños del cuento recogen en una lata "hojas amarillas y piedras de la senda al molino para llevárselas"²¹; aunque se trate aquí de un colorismo típico del otoño, cabe recordar que, en su sentido más realista, la lluvia amarilla de Llamazares es una metáfora para referirse a la caída de la hoja (pp. 81, 88). La inusual aplicación del adjetivo *amarillo* a fenómenos meteorológicos, frecuente en la novela de Llamazares (aparte de una buena docena de menciones de la lluvia amarilla, encontramos, p. ej., "el cielo era amarillo como en las pesadillas", p. 88; "el cielo se había vuelto amarillo por completo", p. 89; "tras los cristales, el aire era amarillo", p. 92), tampoco falta en "La última casa": "Una de las últimas tardes que pasamos en nuestro pueblo era una tarde amarilla de otoño y tostada de ocultarse el sol"²².

En su primera novela, *Luna de lobos*²³, Llamazares mezcló en una geografía ficticia nombres de lugares y montañas existentes con otros

²⁰ Satué Oliván, *El Pirineo abandonado*, *op. cit.*, p. 59.

²¹ *Ibíd*, p. 61.

²² *Ibíd*, pp. 61-63.

²³ Julio Llamazares, *Luna de lobos* (Barcelona, Seix Barral, 1985). Citaré por la 13.ª edición de 1990.

inventados; en *La lluvia amarilla*, en cambio, respetó escrupulosamente la toponimia de la región. Los pueblos más grandes, Sabiñánigo, Biescas, Broto y Fiscal, aparecen en el texto por su función económica y por ser la meta o una etapa de la emigración²⁴ de varios habitantes de Ainielle: los de casa Juan Francisco se van por la senda de Broto (p. 76) y los de Casa Julio se marchan después de vender en Biescas la última cosecha de centeno, sus ovejas y algunos muebles viejos (p. 17). Bescós consigue allí un trabajo en la hidroeléctrica local (p. 49), y el narrador va a Biescas muy de vez en cuando para comprar tabaco y semillas a cambio de pieles y para recoger el correo (pp. 47-49), hasta el día que deja de cuidar el rebaño de ovejas del difunto Bescós (tradicionalmente, los contratos de pastores y sirvientes se renovaban en Biescas el día de San Miguel). Casimiro baja al mercado de Fiscal para vender unos corderos, pero lo asesinan en el camino de vuelta y le roban el dinero (p. 116).

Ahora bien, a pesar de que todos los topónimos de *La lluvia amarilla* existen, la geografía del espacio ficticio debe de parecer muy vaga e imprecisa a un lector que no conozca los sitios reales, puesto que muchos lugares se mencionan no más de una o dos veces, sin informaciones mínimamente exactas acerca de su posición respecto a Ainielle. Sabemos poco más que para ir de Ainielle a Biescas hay que pasar cerca del Ibón de Santa Orosia (que quizás es un topónimo inventado: véase abajo) y atravesar Berbusa (el narrador lo evita dando un rodeo por el bosque monte arriba; p. 48); también nos dice el texto que la senda de Broto sube primero al puerto de Ainielle y que de allí sigue hacia Escartín (p. 76), como se puede verificar en un buen mapa²⁵ de Sobrepuesto, o que Cillas está cerca de Basarán (p. 78), lo que también es cierto. Si el narrador cuenta, por ejemplo, que "en el barranco de Balachas había[n] hallado dos perros devorados por los lobos y los despojos putrefactos de una cabra" (p. 46), el lector no sabe en qué dirección y a qué distancia aproximativa de Ainielle se sitúa este barranco, pero puede imaginarse la naturaleza áspera de la zona, pues los

²⁴ En la realidad, tres casas de Ainielle emigraron a Sabiñánigo, dos a Monzón, y tres a Curbe y Ontinar, pueblos de nueva colonización; además, bastantes mujeres jóvenes se fueron a Barcelona.

²⁵ Recomiendo el mapa 1:50.000 G.R. 16 *Senderos del Serrablo* (Cartografía Servicio geográfico del Ejército), editado por Prames, Zaragoza.

lobos²⁶ viven sólo en las regiones más apartadas de España. No se trata de una topografía fantástica, pero sí en cierto modo fantasmal, dados el carácter borroso de las coordenadas espaciales y el hecho de que casi todos los pueblos ya no estén habitados en nuestros días, excepto quizás por los fantasmas de sus antiguos moradores, que siguen reuniéndose en los escombros de sus hogares como en las tradicionales "beiladas", igual que el narrador lo ve una noche:

Con mi madre, en la cocina, sólo había sombras muertas, sombras negras, silenciosas, sentadas en corillo en torno al fuego, que se volvieron al unísono a mirarme cuando, de pronto, abrí la puerta a sus espaldas, y en las que apenas me costó reconocer los rostros de Sabina y de todos los muertos de la casa (p. 88).

Mientras que la macrogeografía puede reconstruirse con la ayuda del mapa, Llamazares se permitió la licencia de reinventar por completo el pueblo de Ainielle: no quería dar una descripción fidedigna de un lugar concreto de Sobrepuesto, sino crear una especie de quintaesencia de todos los pueblos abandonados. A partir del momento en que los personajes entran en el término municipal de Ainielle, la realidad pierde su valor de referencia exacta: el pueblo literario se construye por analogía con otras aldeas, pero sus edificios²⁷ y habitantes son puramente ficticios. Los ejemplos que discutiré en los párrafos siguientes no tienen el aberrante propósito de tomar la realidad como piedra de toque para corregir la ficción. Se trata, al contrario, de mostrar que los detalles descriptivos no cumplen una función documental, sino que adquieren su verdadero sentido dentro de la organización significativa del texto, lo que justifica ciertas divergencias de la topografía real.

²⁶ Existe en la región una rica mitología en torno al lobo: cf. el capítulo "El ataque del lobo", en Satué Oliván, *El Pirineo contado*, *op. cit.*, pp. 139-154. Como puede verse en el museo de Sabiñánigo, los mastines que vigilaban los rebaños llevaban carlancas, collares con largos pinchos de hierro, para protegerlos de los lobos (cf. también *Luna de lobos*, p. 116). No obstante, en la época de la acción novelesca ya no quedaban lobos en Sobrepuesto: habían desaparecido del Pirineo en la segunda década del siglo.

²⁷ No es posible orientarse en el espacio ficticio con el plano de Ainielle que Satué Oliván incluye en *El Pirineo abandonado*, *op. cit.*, p. 80. Llamazares mantiene la costumbre de la región de dar nombres a las casas, sustituyendo, por discreción para con los antiguos habitantes, las denominaciones reales (Ambrosio, Botero, Escartino, Franco, Juan, Juan Antonio, Pardo, Rufo, Usieto) por otras inventadas (Acfán, Bescós, Chano, Gavín, Goro, Juan Francisco, Julio, Lauro, Sasa, Sosas). Los apellidos utilizados en la novela (Acfán, Bescós, Gavín, Sasa) existen todos en la zona como topónimos y antropónimos al mismo tiempo. En la realidad, los apellidos más frecuentes en Ainielle eran Azón y Oliván.

En el primer capítulo, los hombres de Berbusa llegan a lo alto de Sobrepuerto y se detienen un rato delante de la casa solitaria destruida en un incendio. De allí bajan al fondo del valle, cruzan el río (en realidad es más bien un arroyo, excepto quizás en primavera cuando se derrite la nieve) cerca del molino (construido en 1763, existe todavía hoy) y suben al pueblo. Desde una perspectiva que en el cine correspondería a un ángulo contrapicado perciben "al fondo, recortándose en el cielo, el perfil melancólico de Ainielle: ya frente a ellos, muy cercano, mirándoles fijamente desde los ojos huecos de sus ventanas" (p. 11). No sé desde dónde sería posible ver Ainielle recortarse en el cielo, pero no es ésta la mayor "infidelidad" del incipit. Llegando de Berbusa en la topografía real, los hombres seguramente no bajarían al molino, pues el camino normal, una vez alcanzada la altura de Ainielle, sigue cómodamente hacia el pueblo, en la misma pendiente oriental de la montaña. La motivación de estos cambios es puramente literaria: el primer capítulo tiene como función la presentación del espacio ficticio a través de un lento acercamiento al escenario principal de la acción y a su narrador. Partiendo de la descripción panorámica del valle, menciona primero dos lugares dramáticamente importantes en capítulos posteriores (la casa de Sobrepuerto, donde aparecerá un fantasma (p. 112), y el molino en que se suicida Sabina) para llegar finalmente al centro de la historia, el pueblo de Ainielle que, enfocado desde abajo, parece mucho más impresionante.

En otros pasajes se menciona un pequeño lago (un *ibón*) situado cerca de Ainielle, en el camino de Berbusa (pp. 47 y 49). No he encontrado nada semejante en mis andanzas por el pueblo y sus alrededores, tampoco aparece en el mapa, pero podría tratarse de una pequeña cuenca en el terreno que se llena de agua sólo en primavera. De todos modos, el nombre Ibón de Santa Orosia se integra perfectamente en la toponimia de la región: Santa Orosia es objeto de gran veneración en Sobrepuerto, la romería a su santuario, al sur del monte Oturia, suele celebrarse el 25 de junio. Es posible que el ibón de Santa Orosia sea el único lugar de la novela inventado por Llamazares, lo importante es que lo use para plasmar en una imagen sugestiva el intento de olvidar al hijo emigrado: "aquella tarde, en la collada, rompí su carta y su fotografía y las tiré al ibón de Santa Orosia para que se pudieran en el fondo de las aguas poco a poco, lentamente, lo mismo que se pudren en las ciénagas del tiempo los recuerdos" (p. 58). El

motivo de la memoria hundida en un lago hace pensar, además, en Vegamián, el pueblo natal del autor.

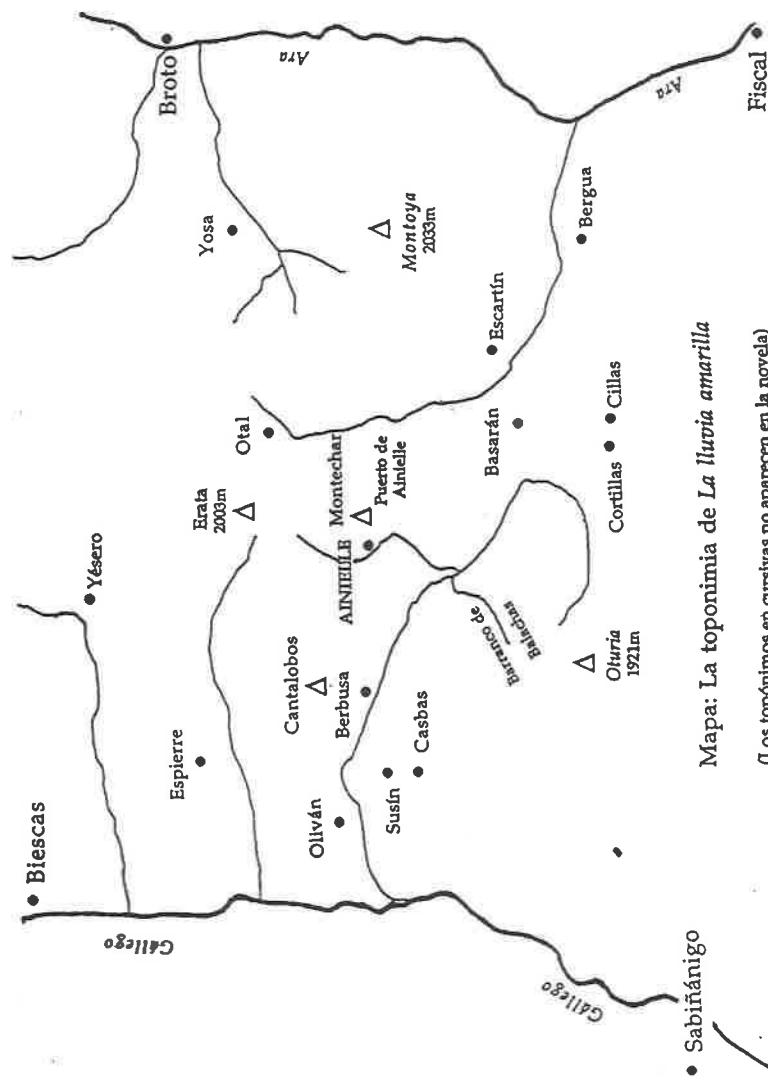
Es también significativo el elevado grado de deterioro de la escuela en *La lluvia amarilla*: "Otras [casas], en cambio, como la de Juan Francisco o como la antigua casa de la escuela, yacían en el suelo completamente hundidas, con las paredes desplomadas y los muebles sepultados bajo un montón de escombros y lóquenes" (pp. 61-62). En realidad, cuando yo estuve en Ainielle, la escuela era el edificio mejor conservado del lugar, el único que, hasta hace muy poco²⁸, hubiera sido aún habitable (fue restaurada recientemente, supongo por ser la casa mejor recuperable). En la novela está en ruinas por razones literarias: la muerte del pueblo progresó a medida que se van los jóvenes, un colegio destruido significa, por consiguiente (y mucho más para el hijo de un maestro de escuela)²⁹, que desde muchos años ya no hay niños en el lugar y que éste no tendrá un futuro.

La realidad es siempre local y anecdótica, sólo la ficción les confiere a los hechos la calidad universal y atemporal que éstos necesitan para trascender los límites estrechos de su circunstancia concreta. Sólo así los detalles empíricos se transforman en signos cargados de un valor simbólico para todos los lectores que, viviendo lejos del escenario de la acción inventada, leen los extraños topónimos por primera vez en las páginas del libro. La novela de Llamazares, literatura comprometida en el buen sentido

²⁸ Estaba ya terminando este artículo cuando leí en el *Heraldo de Aragón* del 13 de octubre de 1998, p. 13, la triste noticia de que un incendio había destruido por completo el inmueble, símbolo de la recuperación de los pueblos abandonados y, en particular, del renacimiento de Ainielle. Cuando visité el lugar, encontré en la escuela un álbum de visitantes en que pude comprobar que no pocos lectores de *La lluvia amarilla* me habían precedido.

²⁹ En el guion cinematográfico *Retrato de bañista* (Badajoz, Ediciones del Oeste, 1995), Llamazares hace visitar a su protagonista el pueblo fantasmal de Vegamián, que aparece en medio de un pantano tras el desagüe del lago en cuyo fondo había quedado sepultado. El viajero entra en la casa en que pasó su primera infancia, la escuela: "[...] contempla, ya dentro de ella, la habitación que en tiempos fuera el aula de la escuela, ahora cubierta por el lodo y por las algas. Todavía hay pupitres, podridos y asomando entre las tablas" (p. 51). El recuerdo de la profesión de su padre está presente en varios textos de Llamazares: Ángel, el narrador de *Luna de lobos*, enseñó en la escuela de La Llera antes de la Guerra Civil, y el protagonista de *Escenas de cine mudo* (Barcelona, Seix Barral, 1994) es hijo del maestro. Cf. también el artículo "Maestros de escuela", en: *En Babia* (Barcelona, Seix Barral, 1991), pp. 68-69.

de la palabra, es una de las raras obras de ficción que han conseguido mover algo en la realidad, pues ha logrado sensibilizar a mucha gente que antes ignoraba por completo el problema de la despoblación de las zonas montañosas y ha contribuido a una toma de conciencia entre los que hace ya varias décadas abandonaron sus hogares en los valles pirenaicos. Al influjo de *La lluvia amarilla* se debe también el hecho de que los antiguos habitantes de Ainielle volvieran a reunirse una vez al año entre las ruinas de sus casas de antaño para celebrar la fiesta de su pueblo³⁰. ¡Ojalá cundiera este ejemplo de reevaluación positiva de un pasado que merece ser recordado y de la reivindicación de formas de vida inmerecidamente desprestigiadas en la España tan posmoderna como desmemoriada!



Mapa: La toponomía de *La lluvia amarilla*

(Los topónimos en cursivas no aparecen en la novela)

³⁰ El primer reencuentro tuvo lugar el 16 de septiembre de 1995: "Fue un día emotivo, de éos que agrandan el mito de los pueblos abandonados. Celebró la Misa el incansable mosén, e investigador de estas montañas, Ricardo Mur. La ofrenda de los emocionados descendientes consistió, al margen del pan y del vino, en diez velas, una por cada casa que tuvo Ainielle, un puñado de la tierra que les vio nacer, una losa como símbolo del misticismo con el que los antepasados levantaron el pueblo, y finalmente, una fotografía del Sabiñánigo industrial, como símbolo de la nueva vida que les aguardó tras el éxodo" (Satué Oliván, *El Pirineo contado*, op. cit., p. 91). Según me han dicho, Julio Llamazares también estuvo en la fiesta.